

fioco; ni la conducta que observasteis después de la desrota de Filipo y la que se espera de vosotros; no como consecuencia de vuestra conducta pasada; sino como acto digno de vosotros mismos. Las demás naciones tienen motivos más ó menos honrosos y plausibles para tomar las armas. Unas veces se trata de conquistar su territorio, otras de apoderarse de algunos pueblos, de algunas ciudades, de algunos puertos, de alguna parte de costas. Jamás habéis tenido esos deseos antes de vuestras conquistas: ¿acaso hoy que os pertenece el mundo podréis sentirlos? Siempre habéis peleado por la honra, por la gloria de extender vuestro nombre por todo el universo, que desde hace mucho tiempo venera vuestro nombre como el de los dioses inmortales. Si mucho os costó elevaros á este grado de poder, quizá os cueste más aún manteneros en él. Habéis tomado bajo vuestra protección una nación famosa por su antigüedad, por sus grandes hazañas, por su amor á las letras y á la civilización; os habéis constituido en defensores de su libertad contra el despotismo de los reyes; ahora que está toda entera bajo vuestra salvaguardia y patronato, deber vuestro es no abandonarla jamás. Las ciudades construídas sobre el antiguo suelo de la Grecia no son las únicas ciudades griegas; también debe darse este nombre á las antiguas colonias que pasaron en otro tiempo de Grecia al Asia; el cambio de clima no ha cambiado la sangre ni las costumbres. Cada colonia ha considerado como piadoso deber rivalizar con la madre patria, con sus fundadores en valor, y el cultivo de las bellas artes. Habéis visto casi todas las ciudades de Grecia; habéis visto las de Asia. La única desventaja que tenemos, es que nos encontramos más lejanos de vosotros. Dícese que los de Marsella gozan por parte vuestra de igual estima y consideración que si se encontrasen en medio de Grecia; y es porque han

sabido conservar sin mezcla ni alteración el idioma, el traje exterior de los griegos, y especialmente las costumbres, las leyes, el carácter nacional que han preservado del contacto de sus vecinos. Vuestro imperio tiene ahora por límite el monte Tauro; todo lo comprendido en este límite no puede pareceros lejano. Desde aquí, como desde un centro común, hacéd penetrar vuestras instituciones allí donde han penetrado vuestras armas. Que los bárbaros, que jamás han tenido otras leyes que los caprichos de un amo, conserven sus reyes, puesto que así lo quieren; los griegos, en su humilde fortuna, piensan como vosotros. En otro tiempo sus propias fuerzas les dieron también el imperio; así, pues, todos sus deseos son que el imperio del mundo quede perpetuamente en las manos que lo tienen. Contentánse con ver su libertad garantida por vuestras armas, puesto que no pueden defenderla con las suyas. Pero se dirá: algunas ciudades de esas abrazaron el partido de Antioco, y otras se declararon anteriormente por Filipo, como los tarentinos por Pirro. Y sin citar multitud de pueblos, Cartago goza de sus leyes y de su libertad. Considerad, Padres conscriptos, hasta qué punto os obliga este ejemplo. No concederéis á la ambición de Eumeno lo que negasteis á vuestro justo enojo. Los de Rodas en esta guerra, como en todas las que habéis hecho en aquella costa, os han secundado con todas sus fuerzas; vosotros mismos podréis juzgarlo. Hoy que la paz está hecha, nos atrevemos á aconsejaros, y si os dignáis seguir el consejo, demostraréis al mundo que si sabéis vencer, mejor aún sabéis usar con magnificencia de la victoria.» Esta oración pareció digna de la grandeza romana.

Después de los de Rodas, entraron los legados de Antioco, que emplearon el tono ordinario de los suplicantes, confesaron el error de su señor y rogaron al Sena-

do que atendiese más á su clemencia que á las faltas del rey, ya bastante y hasta demasiadamente castigado. Concluyeron pidiendo que ratificase la paz concedida ya por el general L. Escipión y que confirmase las condiciones. En efecto, el Senado las aprobó y pocos días después las sancionó el pueblo. Antipatro, jefe de la legación y sobrino del rey Antioco, firmó el tratado en el Capitolio. En seguida recibieron igualmente las demás legaciones venidas del Asia y á todas les contestaron lo mismo. «Enviarianse, según costumbre, diez comisarios para examinar y arreglar los asuntos del Asia. Tomarian en suma las disposiciones siguientes: concederian á Eumeno todas las provincias al lado acá del monte Tauro que hubiesen estado comprendidas en los límites de los estados de Antioco, exceptuando la Lycia y la Caria, hasta el Meandro, que se entregarían á Rodas. Entre las demás ciudades del Asia, las que habían sido tributarias de Atalo pagarían el tributo á Eumeno, y las que lo habían sido de Antioco quedarían libres é independientes.» Los comisarios elegidos fueron: Q. Minucio Rufo, L. Furio Purpúreo, Q. Minucio Thermo, Ap. Claudio Nerón, Cn. Cornelio Mérula, M. Junio Bruto, L. Aurunculeyo, L. Emilio Paulo, P. Cornelio Léntulo y P. Elio Tuberón.

Estos recibieron plenos poderes para todos los asuntos que exigían inmediata resolución, estableciendo el Senado lo esencial de sus operaciones. «Deberían entregar á Eumeno la Laconia entera, las dos Frigias, la Misia, los bosques reales, todas las ciudades de la Lidia y de la Jonia, exceptuando las que eran libres el día de la batalla contra el rey Antioco, y especialmente Magnesia del Sipilo y Caria, denominada Hydrela, con la parte de su comarca que se extiende hacia la Frigia, la fortaleza y el pueblo situado al otro lado del Meandro, todas las plazas, exceptuando las que eran libres antes

de la guerra, entre otras Telmisia, y las fortalezas de su territorio, que habían pertenecido anteriormente á Ptolomeo Telmisio. Los de Rodas debían recibir la Lycia, exceptuando la misma Telmisia, sus fortalezas y territorio, que habían pertenecido á Ptolomeo Termisio y que no los concedían ni á Eumeno ni á los rodios. Estos debían recibir también la parte de la Caria inmediata á la isla de Rodas al lado allá del Meandro, las plazas, los pueblos, las fortalezas y las tierras que se extendían hacia la Pisidia, con la misma excepción de la ciudades que eran libres la víspera de la batalla. Los de Rodas, después de dar las gracias al Senado por estos favores, reclamaron en cuanto á la ciudad de Solis, en Cilicia, diciendo: «Que, lo mismo que Rodas, era originaria de Argos, habiendo establecido este parentesco cariño paternal entre los pueblos; y como gracia extraordinaria pedían que la libertasen del despotismo del rey.» Mandaron llamar á los legados de Antioco y les dieron cuenta de la petición; pero nada pudieron conseguir de Antipatro, que invocaba la fe de los tratados y acusaba á los de Rodas de quebrantarlos al reclamar, no solamente la ciudad de Solis, sino también la Cilicia, franqueando el monte Tauro. El Senado llamó de nuevo á los de Rodas y les dió á conocer la tenaz resistencia del legado sirio; añadiendo que si los rodios creían interesado el honor de la república, el Senado emplearía todos sus esfuerzos en vencer la obstinación de los enviados de Antioco. Los de Rodas renovaron entonces con mayor ahinco sus demostraciones de agradecimiento, y declararon que preferían ceder al orgullo de Antipatro, que ser causa de rompimiento; por cuya razón nada se cambió en cuanto á Solis.

Por estos mismos días llegó una legación de los marselleses anunciando que los ligurios habían sorprendido al pretor L. Bebio en marcha para su provincia de

España; que considerable parte de sus tropas habían sucumbido, y que se había refugiado en Marsella herido, con débil escolta y sin liectores, habiendo muerto tres días después. Al recibir esta noticia, el Senado mandó por un decreto á P. Junio Bruto, propretor de la Etruria, que entregase el gobierno y el ejército á un legado, elegido por él entre los que tenía, y que marchase á la España ulterior para ponerse al frente de aquella provincia. El pretor Sp. Postumio envió este senatus-consulta á la Etruria, con un mensaje de su mano, y el propretor P. Junio Bruto partió para España. Algún tiempo antes de su llegada, Paulo Emilio, á quien iba á reemplazar y que más adelante se cubrió de gloria con la derrota del rey Perseo, había querido vengar sus derrotas del año anterior, y reuniendo apresuradamente un ejército, dió batalla á los lusitanos, los venció y puso en derrota, matándoles diez y ocho mil hombres, haciéndoles tres mil trescientos prisioneros y tomándoles el campamento. La noticia de esta victoria restableció la tranquilidad en España. Aquel mismo año, tres días antes de las kalendas de Enero, los triunviros L. Valerio Flaco, M. Atilio Serrano y L. Valerio Tappo llevaron una colonia latina á Bolonia. Formábanla tres mil personas, recibiendo los caballeros setenta yugadas y los demás colonos cincuenta. Habíanse tomado aquellos terrenos á los galo-boyos, quienes á su vez los habían conquistado á los etruscos. En el mismo año muchos varones distinguidos aspiraron á la censura, y sus candidaturas, que por sí mismas eran ya motivo de vivos debates, excitaron discusiones más graves aún. Los candidatos eran T. Quincio Flaminio, P. Cornelio Escipión, hijo de Cneo, L. Valerio Flaco, M. Porcio Catón, M. Claudio Marcelo y M. Acilio Glabrión, el vencedor de las Termópilas. Este último que, por medio de numerosos congriarios, se había atraído considerable nú-

mero de ciudadanos, tenía á su favor las simpatías del pueblo. Indignados los nobles al ver que les preferían un hombre nuevo, hicieron que los tribunos Q. Sempronio Graco y C. Sempronio Rutilo le acusasen por no haber hecho llevar delante de él en su triunfo ni entregado al tesoro público parte de la plata y del botín cogido en el campamento de Antioco. Los legados y los tribunos de los soldados dieron declaraciones contradictorias. Al frente de los testigos estaba Catón; pero su candidatura quitaba autoridad á su palabra, ordinariamente tan respetada á causa de su intachable conducta. Aseguraba éste no haber visto en el triunfo los vasos de oro y de plata que, después de la toma del campamento enemigo, vió entre los otros despojos. Glabrión renunció su candidatura para que toda la odiosidad cayese sobre su acusador; declarando que dejaba el campo libre á su contrincante, hombre nuevo como él, que, para triunfar, había recurrido á un perjurio monstruoso, sin irritar como él á los nobles.

Habíase impuesto á Glabrión una multa de cien mil ases, y el asunto se discutió dos veces. A la tercera, habiendo desistido de su petición el acusado, el pueblo no quiso sancionar la multa, y los tribunos abandonaron el asunto. Fueron nombrados censores T. Quincio Flaminio y M. Claudio Marcelo. En la misma época L. Emilio Regilo, que había vencido por mar al prefecto de Antioco, recibió audiencia del Senado, fuera de la ciudad, en el templo de Apolo. Dió cuenta de sus actos, describió la fuerza de las flotas que tuvo que combatir, el número de naves que había capturado ó echado á pique, y casi todos los senadores le concedieron el triunfo naval. La ceremonia se verificó en las kalendas de Febrero, y en ella hizo llevar delante cuarenta y nueve coronas de oro, pero una cantidad de dinero muy pequeña relativamente al poder del rey vencido; treinta y cua-

tro mil setecientas tetradracmas áticas y ciento treinta y un mil trescientos cistóforos. El Senado decretó en seguida acciones de gracias por las victorias de L. Emilio en España; y pocos días después regresó á Roma L. Escipión, quien, para rivalizar en gloria con su hermano, se hizo dar el nombre de Asiático (1). Dió cuenta de su conducta al Senado y delante del pueblo; pero algunos observaron que se había dado á aquella guerra mucha más importancia que dificultades ofrecía, cuando una sola batalla campal había bastado para terminarla; además, la gloria de aquel triunfo la había desflorado de antemano la batalla de las Termópilas. Pero á decir verdad, en las Termópilas se combatió á los etolios, más bien que al rey Antioco, que comprometió escasísimas fuerzas; mientras que en Asia había luchado Escipión con todas las fuerzas de aquel país, y contra los auxiliares de las diversas naciones llamados de todas las regiones del Oriente.

Con razón, pues, se tributaron á los dioses inmortales los honores más grandes por haber facilitado una victoria tan importante, y se decretó el triunfo al general, quien triunfó en el mes intercalario, la víspera de las kalendas de Marzo. La pompa que desplegó fué más notable que la del triunfo de su hermano el Africano; pero atendiendo á los hechos, la grandeza de los peligros y las dificultades de la empresa, este triunfo no era más comparable al otro, que un general al otro general, que Antioco á Anníbal. Lucio hizo llevar delante de él doscientas treinta enseñas, ciento treinta y cuatro

(1) Desde que P. Escipión tomó el nombre de Africano, con mucha frecuencia se vió á los orgullosos patricios aspirar, en circunstancias análogas, á un distintivo que les elevase sobre sus conciudadanos y hasta sobre los demás miembros de su familia. De aquí los epítetos de Macedonio, Balearico, Numídico, etc.

efigies de ciudades, doscientos treinta y un colmillos de elefantes, doscientas treinta y cuatro coronas de oro, ciento treinta y siete mil cuatrocientas veinte libras de plata, doscientas veinticuatro mil tetradracmas y trescientos treinta mil setenta cistóforos, ciento cuarenta mil filipos de oro, mil cuatrocientas libras de plata en vasos cincelados y mil veinticuatro en vasos de oro. Delante del carro marchaban treinta y dos generales sirios, prefectos y cortesanos. Los soldados recibieron veinticinco dineros cada uno (1), el doble los centuriones y el triple los caballeros, duplicándose el sueldo y la ración de trigo. Después de la victoria en Asia, se había distribuído doble gratificación. Lucio celebró el triunfo cerca de un año después de la terminación de su consulado.

Por el mismo tiempo llegó al Asia el cónsul Cn. Manlio, y el pretor Q. Fabio Labeon se reunió á la flota. Los galo-grecos podían poner á prueba el valor del cónsul, pero el mar estaba libre desde la derrota de Antioco. Después de meditar Fabio hacia qué lado llevaría sus armas, porque no quería permanecer ocioso en su pretura, se decidió á pasar á la isla de Creta. Cidonia estaba en guerra con los gortinios y guorios, y decíase que considerable número de prisioneros romanos ó italianos estaban reducidos á la esclavitud en varios puntos de la isla. El pretor partió de Éfeso con la flota, y al llegar á la playa de Creta, mandó á las ciudades que depusieran las armas, que buscasen cuantos prisioneros

(1) Esta fué la primera vez que el triunfador repartió esta clase de moneda á los soldados. Antes de Escipión el Asiático, solamente recibían cierta cantidad de ases ó monedas de bronce. Dos años después hizo Fulvio á sus tropas igual donativo, elevándose de año en año estas distribuciones hasta Paulo Emilio que, después de la derrota de Perseo, llegó á dar cuatrocientos dineros á cada jinete y doscientos á cada peón, sin contar el valor del botín.

hubiese dentro de las murallas ó en los campos y que los enviasen con legados que se ocuparían con él de los intereses comunes á los cretenses y á los romanos. No asustaron mucho estas órdenes á los cretenses; siendo Gortina la única que devolvió los prisioneros. Pretende Valerio Ancias que el temor de la guerra hizo entregar cuatro mil prisioneros de todos los puntos de la isla; y que, á falta de otro título, esta sola consideración decidió al Senado á conceder el triunfo naval á Fabio. De Creta regresó el pretor á Éfeso, desde donde destacó tres naves hacia la costa de Tracia para expulsar de Enos y Maronea las guarniciones de Antioco y devolver la libertad á las dos ciudades.

FIN DEL LIBRO XXXVII.

LIBRO XXXVIII.

SUMARIO.

El cónsul M. Fulvio pone sitio á Ambracia, en el Epiro, y la recibe bajo capitulación.—Somete la isla de Cefalonia, termina la conquista de Etolia y concede la paz á los etolios.—Su colega En. Manlio derrota á los galogrecos, tolistoboyos, tectosagos, y troncmianos, que habían pasado al Asia sin reconocer la autoridad de los romanos.—Los censores cierran el lustro.—Tratado de alianza con Ariaratho, rey de Capadocia.—Cn. Manlio obtiene los honores del triunfo.—Acusación contra Escipión el Africano.—Su retirada á Literno.—Acusación contra Escipión el Asiático.—Generoso rasgo del Africano.

Mientras combatían en el Asia, no estaba tranquila la Etolia por efecto de otro movimiento nuevo que había partido de los athamanos. La Athamania (1), desde la expulsión de Aminandro, estaba gobernada por prefectos de Filipo, ocupándola guarniciones reales cuya insolente tiranía había hecho deplorar á Aminandro. Este príncipe se encontraba entonces refugiado en Etolia, donde por cartas de sus súbditos se enteró del estado de las cosas en Athamania, por lo que alentó esperanzas de recobrar el trono: envió, pues, emisarios á los principales de la nación, á Argitheia, capital de la Athamania, anunciando que una vez bien decididas las dis-

(1) La Athamania era un reino pequeño de la región del Pindo.